



MARÍA EUGENIA DUBOIS, CULTIVADORA DEL IDIOMA

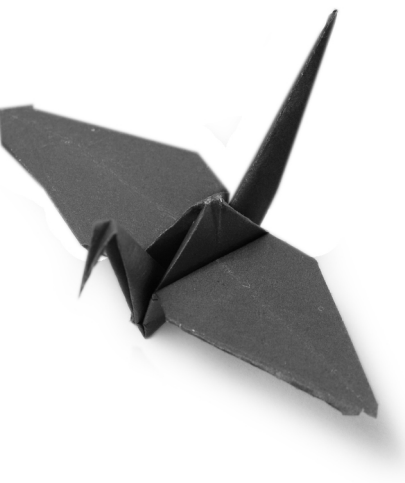
Enrique Obediente Sosa

Departamento de Lingüística
Facultad de Humanidades y Educación
Universidad de Los Andes
Venezuela

Conocí a la profesora María Eugenia Dubois a comienzos de los años ochenta. Recuerdo que un día se acercó a mí en la antigua sede de la Facultad de la avenida Universidad; me dijo que necesitaba conversar conmigo para que le aclarara algunos conceptos de lingüística. Con esa prestancia, amabilidad y don de gente que la caracterizaban, me expuso que ella y un grupo de profesoras de la Escuela de Educación habían comenzado a reunirse con el fin de leer y discutir algunos libros y artículos que trataban del interesante y complejo proceso de leer y escribir; que todo había marchado sin dificultad alguna hasta que se toparon con una serie de términos del área de la lingüísti-

ca que les eran absolutamente desconocidos. En concreto me propuso que, en la medida de mis posibilidades, me reuniera con el grupo para explicarles lo que de lingüística había en los textos que estaban estudiando. De más está decir que acepté con gusto, el interés de las profesoras de ese grupo de lecto-escritura era mucho y me parecía que debía echarles una mano.

El encuentro con aquellas profesoras fue una experiencia extraordinaria; todas ellas conjugaban un interés notorio por desentrañar ciertas nociones lingüísticas con un cierto rechazo hacia algo que consideraban demasiado arduo. En efecto, al interés por saber, por ejemplo, qué diferencia había entre un fono y un fonema, o qué era un sintagma, se unió, al principio, una cierta resistencia por parte de ellas a tener que asimilar conceptos que les parecían demasiado duros, complicados. “¿Por qué los lingüistas se inventan tales conceptos?”, me dijo un día María Eugenia. Sí, le parecía escabroso tener que ahondar en la teoría lingüística, pero ¡cómo le agradaba haber comprendido algo, poder relacionarlo directamente con el proceso lector! Se le iluminaba el rostro, se regocijaba cuando descubría que, finalmente, lo lingüístico no era tan complicado y que, en verdad, era indispensable para entender lo que el grupo estaba estudiando.



Uno de sus mayores placeres era descubrir la etimología de las palabras, quedaba como maravillada al ver los vericuetos por donde se iban configurando los significados de las voces españolas. Nunca olvidaré su expresión cuando le dije de dónde venía la palabra “explicar”. Fue todo un descubrimiento. Y lo más interesante de todo este “juego etimológico” era que en seguida reelaboraba todo un concepto que rebasaba, con mucho, lo que el término significaba pero que, en definitiva, no era sino un desarrollo coherente y preciso que partía del origen y llegaba a lo más elaborado del concepto.

María Eugenia escribía mucho, y no había texto suyo que no me hiciera leer. Me llamaba continuamente y de manera ya consagrada por el uso me decía: “Enriquito, tengo una duda. ¿Es correcto emplear tal palabra para significar

tal cosa en tal contexto?”. Y le decía lo que la norma culta panhispánica estipulaba al respecto. Una vez le dije, a propósito de no sé qué término, que el Diccionario de la Real Academia no traía ninguna acepción parecida a lo que ella quería decir, pero que era totalmente válido emplearlo por analogía. Su respuesta fue un rotundo no: “No voy a escribir nunca algo que no esté avalado por la Academia”. Y sobre este punto discutimos varias veces, le argumentaba que nadie podía estar “encorsetado” por lo que decía la Academia, que justamente las lenguas cambiaban por el uso, que no todo estaba dicho ni sancionado por la gramática normativa, etc. Pero no lograba convencerla, su purismo idiomático se lo impedía. “Si todos fuéramos como tú, estaríamos aún hablando latín”, le dije un día a ver si aceptaba ser un poco más flexible. Su respuesta fue una amplia sonrisa, me dio la espalda y se fue. Por supuesto que quedé completamente desarmado...

Ese trato con ella intermediado por la lingüística me puso frente a alguien que tenía una altísima sensibilidad por los hechos de lengua, que manifestó ser una cultora del idioma. Su habilidad en el manejo de la lengua española y el amor que manifestaba por la expresión depurada y bella, tanto en lo oral como en lo escrito, me impresionaron a lo largo de los años que tuve la dicha de compartir con ella. Siempre fue ella para mí (quizá nunca se lo dije) un acicate más para adentrarme cada vez con mayor pasión en el estudio de nuestra lengua.

Mérida, junio 2010

